

Versión inicial del texto entregado para su publicación online. Rogamos que, a efectos de divulgación, docencia y cita bibliográfica se acuda a la publicación y la cita sea esta:
Pérez Díaz, Julio (2004) "Poder tener abuelos, la normalización demográfica española. Publicado en Geriatrianet.com, Revista electrónica de Gerontología y Geriátría. Vol. 6 Núm. 1. (Se trata del texto presentado como ponencia en el II Congreso: "La familia en la sociedad del siglo XXI" (24/02/2004) organizado por la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD), y publicado por tanto, en su primera versión, en el "Libro de ponencias" de dicho Congreso (pgs 135-144).

Poder tener abuelos: la normalización demográfica española

Julio Pérez Díaz

(Centre d'Estudis Demogràfics)

Introducción

La demografía estudia los comportamientos y las relaciones entre las personas sólo por sus resultados en el balance general de eso que se conoce como "la población". Sus objetivos y métodos son por tanto más limitados y concretos que los de otras ciencias sociales.

Pese a todo, los nacimientos, la duración de la vida, la muerte, la migración, los emparejamientos, la procreación y las relaciones entre edades y generaciones, son probablemente el núcleo básico del comportamiento social, y son, todos ellos, relevantes e inteligibles para cualquiera (dicho sea de paso, son estudiados respecto a toda la población; la demografía, en ese sentido resulta "igualitaria" a priori).

Sin embargo, la limitación temática de la demografía la ha conducido casi siempre a una perspectiva "gestora de stocks", casi "ganadera". La fecundidad ha sido históricamente el tema protagonista y los mayores, ya infecundos, parecían salirse del objetivo de la disciplina.

Era un error, incluso técnico y metodológico. La reproducción no es sólo cuestión de nacimientos, sino que depende tanto o más de cuánto tiempo viven los que nacen, y de

qué hacen los que ya nacieron y hoy son adultos con los que acaban de llegar. Los abuelos, como espero argumentar, también cuentan, incluso para la demografía.

Voy a sostener que, contra todos los tópicos acerca de un pasado tradicional supuestamente glorioso en la vida familiar, la posibilidad de que la mayor parte de los recién nacidos venga al mundo teniendo abuelos y abuelas, y pueda “beneficiarse” de ello, es una novedad histórica en España. Esta afirmación tiene dos expresiones cualitativamente diferentes:

- en nuestro país nunca se había dado una coyuntura demográfica más favorable a la extensión y calidad de las relaciones entre nietos y abuelos, y ello no es resultado de una evolución gradual sino de una transición cualitativa de gran calado en las dinámicas poblacionales.
- nunca como hoy han recibido los españoles recursos y atenciones por parte de sus mayores.

No haré, por tanto, una presentación acerca de cómo los mayores y muy mayores incrementan la dependencia y sobrecargan así con responsabilidades y gastos al resto de la población. Por mucho que ese sea el discurso canónico, hace tiempo que sostengo otro parecer. Agradezco a la FAD la oportunidad de argumentar una vez más que el envejecimiento demográfico no es la catástrofe que se pretende, a la vez que de rendir homenaje a unas generaciones, las que actualmente están teniendo sus primeros nietos, dignas de reconocimiento colectivo.

Más abuelos que nunca

Esta primera afirmación no requiere demasiadas demostraciones, ni resulta excesivamente peculiar de nuestro país. En todo caso cabe destacar lo reciente de su veracidad, dado que España ha completado tardíamente la transición de la mortalidad. En 1900 la esperanza de vida era todavía de 34 años, y tanto la gripe de 1918 como la guerra civil se encargaron de frustrar en buena medida las mejoras incipientes. La

mayor parte del trayecto que ha convertido a España en uno de los países con mayor esperanza de vida se ha recorrido en la segunda mitad del siglo XX.

Cuadro 1. Distribución por grandes grupos de edad. España 1900, 1950 y 2000

	0-14	15-64	>64	Índice de envejecimiento *
1900	33,5%	61,3%	5,2%	16
1950	26,2%	66,5%	7,2%	28
2000	14,6%	68,5%	16,9%	116

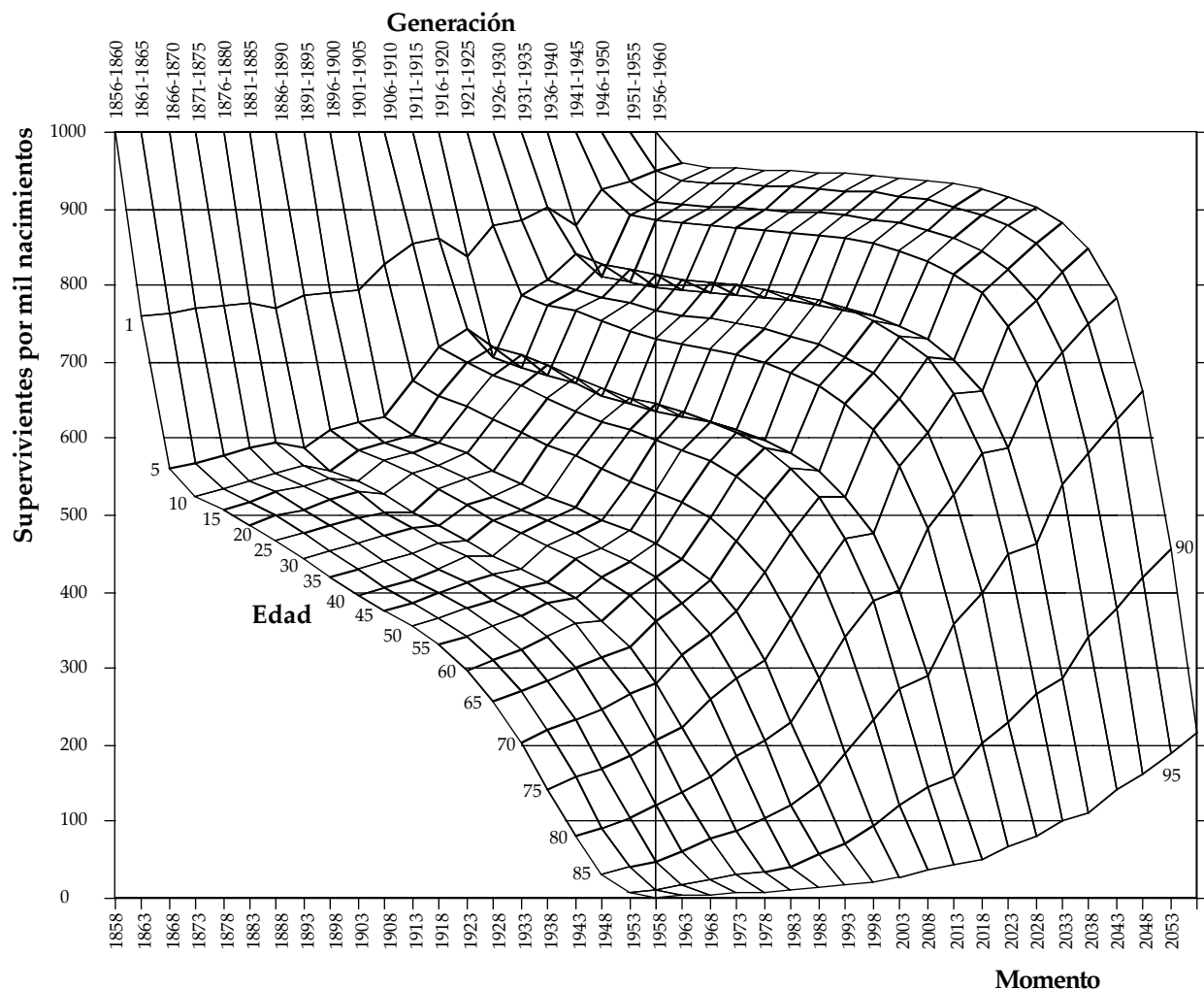
Fuente: Censos y Padrones correspondientes

* El índice de envejecimiento se obtiene sencillamente dividiendo a los mayores de 64 años por los menores de 15 y multiplicando por 100. De este modo puede interpretarse como el número de mayores por cada 100 niños.

Pero cuando se habla de tener abuelos, más que la mortalidad del momento lo que cuenta es la supervivencia en las líneas de filiación, es decir, la mortalidad generacional, combinada con la fecundidad o infecundidad de las generaciones.

Pues bien, hasta las generaciones femeninas 1901-1905 nunca los nacidos en España habían conseguido llegar a las edades maduras sin perder más de la mitad de sus efectivos en las edades anteriores (en otras palabras, hasta los años cincuenta). Esta “madurez de masas”, como la he llamado en otro lugar, fue seguida rápidamente por la supervivencia mayoritaria también hasta la primera vejez, protagonizada por las generaciones que cumplían los 65 años allá por los años setenta. Por tanto, aunque resulte sorprendente, la democratización de la supervivencia necesaria para que la mayoría de los nacidos viva “vidas completas” es sumamente reciente en España. El resultado es la coexistencia, en estos momentos, de una constelación extraordinariamente heterogénea de generaciones: unas cuyos componentes han llegado a la vejez como privilegiados supervivientes, y otras que cumplirán tales edades de forma masiva (los nacidos en los años sesenta seguirán vivos en la mitad de sus efectivos al nacer hasta haber rebasado una edad superior a los 90 años)

Gráfico 1. Supervivientes por edad. Generaciones 1856-1960. Mujeres.



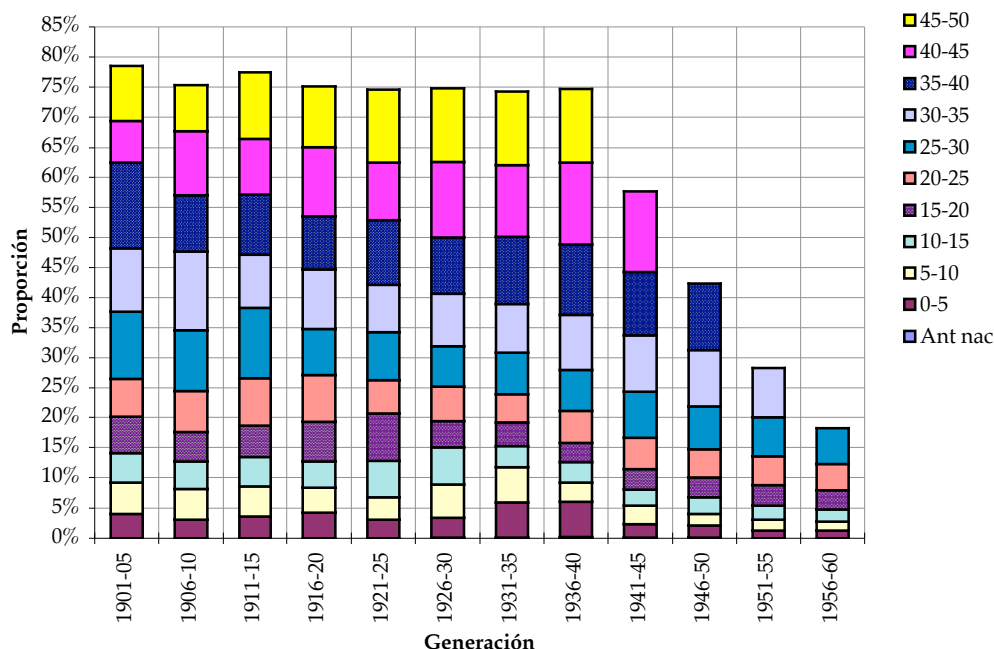
Fuente: Pérez Díaz, J. 2001.

Nota: cada una de las curvas que parten del lado superior del rectángulo corresponde la columna de supervivientes en las tablas de mortalidad de las sucesivas generaciones. La pendiente con que cae cada línea indica la velocidad con que desaparecen los efectivos iniciales de la generación. Las otras líneas que configuran la cuadrícula corresponden las sucesivas edades, y siguiéndolas de izquierda a derecha puede obtenerse una idea aproximada de cómo ha ido mejorando la supervivencia hasta una determinada edad a lo largo de las sucesivas generaciones.

De hecho, las biografías de muchas personas de generaciones todavía presentes en la población española incluyen pérdidas de familiares que, desde la perspectiva de los jóvenes actuales, resultan extrañamente “prematuras”. Sirvan como ejemplo las generaciones nacidas a principios del siglo XX (de las que seguimos teniendo representantes en la población actual y que hasta hace poco eran los abuelos y abuelas

en este país). Una cuarta parte cumplió los 25 años sin tener vivo a su padre, y la proporción era ya prácticamente la mitad cuando cumplían los 35 años (en lo que se refiere a la madre eran proporciones algo menores, pero igualmente impensables para los cánones actuales; ya hemos olvidado la gran cantidad de menores “hijos de viuda”, o de viudo, tradicional en nuestra sociedad). Aunque tuvieron un promedio de tres hermanos, antes de cumplir los 50 años más del 40% había perdido por defunción a alguno de ellos. Casi una quinta parte de las mujeres que fueron fecundas cumplió los 50 años de edad habiendo visto fallecer al menos un hijo.

Gráfico 2. Orfandad de padre, por intervalos de edad. Generaciones españolas 1901-1960

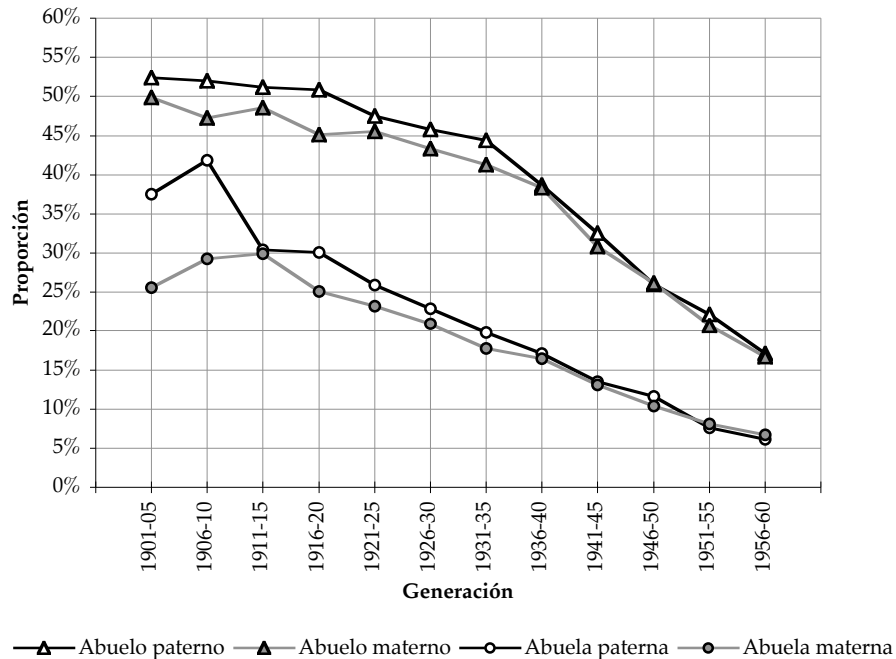


Fuente: Explotación propia de la Encuesta Sociodemográfica 1991 (INE)

Esa misma mortalidad se traducían en una evidente falta de abuelas y, sobre todo, de abuelos. A despecho de los tópicos sobre la familia tradicional del pasado y el papel que en ella pudiesen tener los mayores, lo cierto es que éstos eran sumamente

escasos, y ha sido la extraordinaria revolución de la supervivencia experimentada por España a lo largo del siglo XX la que ha convertido en habitual esa figura familiar.

Gráfico 3. Proporción de los hijos que se tenían habiendo fallecido ya sus abuelos o abuelas (descendencia de las generaciones españolas 1901-1960)



Fuente: Explotación propia de la Encuesta Sociodemográfica 1991 (INE).

Nota: las generaciones representadas en el eje horizontal son las de los padres de los recién nacidos. Por ejemplo, prácticamente la mitad de los hijos que han tenido las generaciones 1901-1905 vinieron al mundo cuando su abuelo paterno o materno ya había fallecido.

Las cifras actuales son espectaculares. Si de manera aproximada aceptamos unos 30 años de lapso medio entre generaciones, quienes hoy cumplen 60 años (es decir, los nacidos en los años cuarenta) han sobrevivido en más del 90%, si son hombres, y del 95% si son mujeres, desde que tuvieron sus propios hijos. En suma, sus nietos nacen con plenas garantías de conocer a alguno de sus abuelos, e incluso de conocerlos a todos. Aún más, con la esperanza de vida generacional predecible para quienes hoy tienen 60 años, esos abuelos y abuelas seguirán vivos un promedio aproximado de 23

años (los hombres) y 27 años (las mujeres), es decir, hasta que sus nietos hayan atravesado su infancia y juventud y emprendan el camino hacia la vida adulta.

De hecho este es ya un asunto que no implica novedad demográfica alguna, por mucho que en otros ámbitos de conocimiento social todavía no se hayan digerido suficientemente las consecuencias. En lo que se refiere a la supervivencia creciente y a su impacto en las líneas de filiación, la novedad se encuentra hoy en día en la rápida proliferación de las familias con cuatro generaciones vivas. Las generaciones femeninas nacidas en 1970-1974 tienen un 45% de probabilidades de que su primer hijo nazca teniendo bisabuela/o (C.E.D., 2000), y tales probabilidades no van a hacer más que aumentar en las generaciones posteriores.

Abuelos más ventajosos que nunca; las nuevas generaciones

Esta segunda afirmación parece necesitar más argumentos que la primera. Debe enfrentarse, en primer lugar, a la generalizada convicción de que la vejez no conlleva más que degradación y pérdida para quien la vive y, en segundo lugar y de manera relacionada, con aquella otra según la cual los viejos son un lastre para sus familiares o, como mínimo, un motivo constante de preocupación, trabajo y cuidados. Puesto que tales son los parámetros mentales en los que es vista la supervivencia de masas hasta la vejez, cuesta imaginar cómo sus efectos pueden resultar beneficiosos para las líneas de filiación familiar y especialmente para sus miembros más jóvenes. Más bien parece que el resultado final deba ser catastrófico.

Sin embargo, las siempre anunciadas catástrofes no llegan, porque a medida que la supervivencia hasta la vejez se democratizaba y se convertía en un fenómeno de masas, la propia vejez se ha visto modificada muy sustancialmente. De hecho ambas cosas, la vejez de masas y la mejora en la situación de los mayores son parte de un mismo proceso.

Dicho proceso debe observarse en términos generacionales, porque no ha sido un cambio de “conductas ancianas” el que lo ha provocado, sino un relevo constante de sucesivas generaciones que a lo largo del tiempo han encarnado eso que llamamos “vejez”.

Quienes hoy tienen más de ochenta y cinco años, los nacidos en las dos primeras décadas del siglo XX, fueron los abuelos de nuestro país hace escasas décadas y han visto cómo son hoy sus nietos quienes alcanzan edad de tener hijos y hacerles, por tanto, bisabuelos. ¿Qué modelo pudieron encarnar en su primera vejez, teniendo en cuenta la vida anterior que les había tocado vivir?

No demasiado feliz. Las dos primeras décadas del siglo XX no fueron una buena época para nacer en España. Retraso y resistencia a la modernización en la economía y la política, y la más alta mortalidad de Europa (con una esperanza de vida apenas superior a los treinta años).

Antes de cumplir los 15 años casi un 15% era huérfano de padre, y más de un 10% había perdido a la madre. Apenas el 40% llegó a la madurez sin haber visto fallecer a ambos (en cambio, más del 60% de los nacidos a finales de los años 30 cumplió cincuenta años en vida de alguno de sus padres). Algo similar pasa con la supervivencia de los hermanos: entre los nacidos a principios de siglo, más del 40% de quien los tuvo alcanzó los 50 años de edad habiendo perdido por defunción al menos a uno de sus hermanos (esta proporción es prácticamente la mitad en las generaciones nacidas a finales de los años treinta).

La poca seguridad en la supervivencia de los familiares directos es un factor clave para entender el papel asignado a la infancia. Los actuales octogenarios y nonagenarios españoles estuvieron escasamente escolarizados o lo estuvieron durante muy poco tiempo (menos de seis años como promedio). La edad media de su primera ocupación ronda los catorce años, y el trabajo doméstico de las niñas fue aún más precoz. Su trabajo era imprescindible en las economías familiares, mayoritariamente rurales, de escasos recursos y sometidas al riesgo constante de fallecimiento “prematureo” de alguno de sus miembros. Prácticamente el 60% de los varones tuvo su primera

ocupación en el sector agrario (a diferencia de los nacidos en 1936-1940, para los que el primer trabajo en el sector secundario fue ya tan frecuente como en el primario, además de producirse casi a los 16 años). Si eran niñas, el servicio doméstico en casa ajena fue la vía de inserción para una cuarta parte de las que trabajaron de forma remunerada.

Philippe Ariès ha puesto en evidencia que la infancia es una construcción social reciente. De hecho, los españoles nacidos a principios de siglo son una buena muestra de ese estadio de desarrollo en el que los hijos todavía rentan más de lo que cuestan . Y esa manera de iniciar las trayectorias vitales condiciona su continuación. En la España agraria del XIX tales etapas hubiesen pasado por una prolongada convivencia con la propia familia, hasta que los recursos acumulados permitiesen el casamiento y la difícil constitución de familia propia, a menudo supeditada a la herencia de la vivienda, las tierras o el oficio, cerrando el ciclo intergeneracional. Pero los nacidos a principios de siglo sólo van a tener el primer paso en ese mundo, mientras los siguientes pisan ya en un mundo para el que no están preparados. El carácter eminentemente rural y agrario del país se estaba resquebrajando, y la inestabilidad económica y social pasó por un golpe militar en los años veinte, por la crisis económica de los años treinta y por la guerra civil iniciada en 1936. Y todo ello en edades críticas para la consolidación de las trayectorias laborales y vitales de nuestros más mayores.

Las muchas dificultades para formar familia propia tienen un fiel reflejo en el extraordinario retraso de la edad media al casamiento pero, aún más sintomático, son también causa de la soltería definitiva femenina más alta de todas las nacidas en el siglo XX (más del 14%). Añádase que una elevada proporción de las casadas no llegó a tener hijos (en buena parte como consecuencia del retraso del matrimonio) y el resultado es que casi el 18% de estas mujeres no ha tenido descendencia, cosa que hoy, cuando ya son octogenarias, empeora sustancialmente su situación cotidiana.

Si para estas generaciones el tránsito a la vida adulta se vio altamente perturbado por la coyuntura histórica, su madurez vino a confirmar que las generaciones “damnificadas” existen. La posguerra no fue el final de las dificultades, sino su

culminación. Dos décadas de depresión, de aislamiento, de retroceso social y económico desembocaron, ya en los años sesenta, en un auténtico sálvese quien pueda emigratorio, tanto interior como internacional. Era el final definitivo de la España agraria y rural. Para los jóvenes, aún era posible la readaptación temprana y el aprovechamiento de las nuevas oportunidades. Pero para quienes ya pasaban de los cuarenta años no fue más que la confirmación de que toda su vida anterior había llevado a un callejón sin salida. Si emigraron, dejaron atrás oficios, tierras y pertenencias para emprender una vida nueva demasiado tarde, sin recursos, sin formación, sin tiempo ya para volver a empezar, a menudo cargando con una amplia familia que mantener. Los que no emigraron se quedaron sin jóvenes, anclados en zonas rurales deprimidas y despobladas y a pocos años de una vejez en la que los mecanismos tradicionales de solidaridad intergeneracional ya no iban a funcionar.

Cuando estas generaciones empiezan a tener nietos (finales de los sesenta y durante los años setenta y ochenta), es toda su vida anterior la que les pasa cuentas. Son, además, muy visibles, por motivos estrictamente demográficos: se trata de las primeras generaciones españolas de la vejez de masas (es decir, las primeras en que más de la mitad de los efectivos iniciales de cualquier generación española ha conseguido sobrevivir hasta la vejez)

En esos años ni el sistema de pensiones ni la protección social están suficientemente desarrollados, de modo que la primera vejez de masas española se ve muy desatendida por parte del Estado. Pero es que, además, muchos, especialmente las mujeres, están solos. La soltería y la falta de hijos son un problema especialmente grave, evidente en la actual sobrerrepresentación de tales personas en las residencias de ancianos. Además, la vida laboral ligada al trabajo agrario y familiar, escasamente asalariada, revela ahora su total inadecuación a los nuevos tiempos, al traducirse en vejez sin pensión de vejez. La desestructuración familiar y la dispersión de los parientes provocada por las migraciones se traduce ahora en escasez de apoyo informal en los casos de dependencia grave, de la misma manera que el patrimonio resulta escaso.

El contraste generacional con las generaciones siguientes, sus descendientes, las nacidas en los años treinta y cuarenta, es espectacular. En quienes hoy están teniendo nietos se produce el tránsito definitivo a un nuevo tipo de diseño vital, que conducirá a la “posmodernidad” generacional encarnada por los adultos y jóvenes de la actualidad.

Los sexagenarios de hoy, los “nuevos abuelos” españoles, están ampliamente escolarizados y empiezan a trabajar casi dos años más tarde que sus padres. Los que lo hacen en el sector secundario son, por primera vez, la mayoría. Aunque su infancia se haya visto afectada por la guerra civil y la posguerra, llegan a la juventud y a la vida adulta a tiempo de apuntarse al carro del desarrollo industrial incipiente de los años sesenta. Tanto su vida laboral como familiar va a tener la oportunidad de transcurrir normalmente, sin grandes sobresaltos históricos, cosa que no puede decirse de ninguna generación anterior. Es cierto que siguen empezando a trabajar muy pronto si se los compara con los jóvenes actuales, pero su inserción en el mercado laboral es radicalmente distinta a la de sus padres, porque ya no se produce en la economía agraria y familiar, sino en un mercado de trabajo formalizado, asalariado, y muy necesitado de mano de obra. A cambio de la sobreexplotación de su fuerza de trabajo (muy intensa en una industrialización como la española, escasa en inversiones de capital y en nuevas tecnologías) obtienen la posibilidad de independizarse muy pronto de unos padres que poco tienen que ofrecerles, y de constituir una familia propia a edades sumamente jóvenes. Son los padres del baby boom español, resultado de una soltería y una infecundidad inusitadamente bajas, de modo que son poquísimos los que llegan a la vejez sin tener descendientes. Son, además, las primeras generaciones que tienen la ocasión de encarnar plenamente el modelo de familia nuclear supuestamente típico de las sociedades industriales, con la mujer adulta dedicada mayoritariamente a su hogar, pese a que son también las generaciones femeninas en que el trabajo “de soltera” había estado más extendido. Nunca antes el “salario familiar” masculino había sido una realidad mayoritaria en España, y nunca antes las parejas habían podido dar a sus hijos estudios secundarios y prescindir de su aportación económica en el mantenimiento del hogar familiar.

Sin duda es en el ámbito de la familia donde los contrastes entre los actuales viejos-jóvenes y viejos-viejos son más notables. De hecho, han sido las familias constituidas por estas generaciones que hoy están teniendo nietos las que han ejercido como auténtico soporte del bienestar social de España en las últimas décadas. Son los que han amortiguado los elevados costes de la pésima situación con que sus hoy muy ancianos padres llegaron a la vejez. Dotados de oportunidades vitales sin precedentes a costa simplemente de volcarse en su trabajo tanto laboral como doméstico, han costado también el grueso del considerable nivel de estudios de sus hijos y el extraordinario paro juvenil que produjo la crisis industrial de los años setenta y ochenta. Mientras las hijas estudiaban por primera vez tanto o más que los jóvenes de la misma edad, estas madres, ya maduras, incluso retomaban tardíamente su actividad extradoméstica para “hacer faenas” en pésimos trabajos que “complementasen” los ingresos del marido. Incluso hoy en día, con los hijos ya criados y habiendo “cumplido” tanto en lo laboral como en lo familiar, siguen prestando un apoyo inestimable a esos hijos, ya adultos, tanto en recursos económicos como en servicios. Una elevadísima proporción de adultos actuales recurre a la ayuda de sus progenitores a la hora de constituir familia propia. Sólo así es compatible la vida familiar y profesional de las mujeres jóvenes que ya no quieren o no pueden renunciar a desarrollar una carrera laboral propia de manera estable e ininterrumpida.

Se produce de esta manera la gran sorpresa de sociólogos y gerontólogos. Emerge una nueva vejez mejor situada que la nueva juventud, en crudo contraste con lo que había sido habitual hace sólo tres o cuatro décadas. Su desembarco masivo en tales edades no les llega por sorpresa como a le ocurrió a sus padres. Si los nacidos al empezar el siglo son las primeras generaciones españolas que, al cumplir 65 años, aún no han perdido más del 50% de sus efectivos iniciales, los nacidos en 1936-1940 que alcanzan vivos esa edad son ya casi el 70%, y esa elevada probabilidad de llegar a la vejez estaba ya, por primera vez, plenamente asumida en sus proyectos vitales. Más de 40 años de trabajo les sirven para haber acumulado recursos, tener la vivienda en propiedad, tener incluso segunda residencia, disponer de una pensión contributiva (la pensión media de los jubilados actuales supera con creces las cien mil pesetas

mensuales) y estar en disposición de seguir contribuyendo al bienestar de sus descendientes.

En conclusión

En otro lugar he sostenido que, una vez alcanzada su madurez, la población española que hoy está teniendo nietos está haciendo una irrupción sin precedente en la vida del conjunto del país y en la de sus propias familias. Nunca antes España había contado con una proporción tan considerable de personas en esa franja de edad (a eso se le llama “envejecimiento demográfico”) y nunca antes tales edades habían sido encarnadas por generaciones con un grado tal de supervivencia (a eso lo he llamado “madurez de masas”). Quienes abonan los miedos ante tales novedades se siguen basando en una imagen de la vejez que hoy sólo es vigente en las edades muy avanzadas, y niegan los méritos y la conveniencia social y familiar de quienes hoy se encuentran en ese limbo del que todavía no sabemos ni hablar y que constituyen lo algo más que maduros y algo menos que realmente ancianos.

Es una negación injusta porque, a la vez que se les teme, se les sobrecarga de novedosas funciones sociales y familiares costosas en tiempo, dinero y esfuerzos, y ellos las cumplen admirablemente, a veces con perjuicio de su propia persona. Lejos de la maniquea imagen del jubilado ocioso, las abuelas y abuelos actuales están sustituyendo muchas de las funciones de apoyo familiar y de reproducción social que siempre han sobrecargado a las mujeres jóvenes. Lejos de llevar a la bancarrota al Estado del Bienestar, sus recursos, patrimonio y atenciones han acabado por convertirse en un auténtico Estado del Bienestar paralelo para sus familiares. Es a estas generaciones a las que se recurre ante la parquedad del gasto social español, a la cola de Europa y, lo que es peor, en progresiva divergencia con el promedio de la Unión. Son ellos los que suplen la falta de guarderías para los hijos de mujeres que trabajan y son ellos los que cuidan a sus mayores dependientes. Si no se quiere perder todo ese potencial, si no se quiere matar a la gallina de los huevos de oro, habrá que ir

poniendo fin a esta sobreexplotación, reconocer méritos y dar apoyo a unos abuelos que nunca antes nos fueron tan convenientes.

Referencias bibliográficas utilizadas

Ariès, P. (1987), *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.

Attias-Donfut, C. y Segalen, M., -Ed-. (2002), *Le Siècle Des Grands Parents*, Paris, Autrement

Centre d'Estudis Demogràfics (2000): *Demografía: una cuestión de dos sexos y cuatro generaciones*. Informe para la Dirección General V (Empleo, Relaciones Industriales y Asuntos Sociales) de la Comisión Europea (SOC 98 101297-05E01).

Devolder, D. (2003), "Génération démographiques, générations familiales", presentada en Journées d'études Les approches générationnelles: enjeux, avancées, débats, organisées par le Laboratoire Printemps. CNRS et Université de Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines,

Garrido Medina, L. (1996): "La revolución reproductiva", incluido en C. Castaño y S. Palacios, *Salud, dinero y amor. Cómo viven las mujeres españolas de hoy*. Madrid, Alianza, pp. 205-238.

Pérez Díaz, J. (2001): *Transformaciones sociodemográficas en los recorridos hacia la madurez. Las generaciones españolas 1906-1945*. Tesis doctoral. Fac. de CC. Políticas y Sociología, UNED, Madrid.

Pérez Díaz, J. (2003) "El estado del bienestar y la feminización de la vejez en España". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* nº 103

Pérez Díaz, J. (en prensa): *El advenimiento de la madurez de masas*. Madrid, MTAS - IMSERSO.

Ruggles, S. (1996), "The effects of demographic change on multigenerational family structure: United States Whites, 1880-1980", incluido en A. Bideau; A. Perrenoud; K.-A.

Lynch y G. Brunet, Les systèmes démographiques du passé. (Actas del congreso del 15 al 18 de diciembre de 1994 en La Plagne, Francia). Programme Rhône-Alpes, pp. 21-40.

El autor edita un portal de internet sobre “envejecimiento demográfico” en el que se encuentran libremente disponibles sus textos, incluidos los aquí citados: <http://www.ced.uab.es/jperez>